



“Valía por cien hombres”,
al decir de su hermano
Antonio.

JOSÉ MACEO GRAJALES

La muerte indócil del León

**A 125 años de su caída en combate, evocamos
a un héroe de leyenda**

Por **IGOR GUILARTE FONG**

FUE un mal día. De hecho, para él mismo y para varios de sus compañeros, sería el más trágico de todos los días. Aquel 5 de julio de 1896, fecha en que iba a morir, el mayor general José Maceo Grajales no tenía “espíritu de pelea”. Por más injurioso que suene decirlo, así lo notaron sus íntimos ayudantes.

Pasó esa mañana con el ánimo impávido, como echado; con una tempestad de pensamientos en la cabeza. El, puro

carácter y arrebato, desde hacía meses se sentía despojado; y a nadie ocultó que su corazón de guerrero estaba herido por las “ruindades” —así las calificó— del gobierno de Salvador Cisneros Betancourt.

El Marqués de Santa Lucía, gran patriota, pero quien encauzó un grosero e ilógico complot hacia José, dio al general Calixto García el mando del Departamento Oriental. Ante la encrucijada, el caudillo santiaguero entendió que dañaban su

Autor no identificado

honor y elevó su renuncia como jefe del 1er Cuerpo. Aun así, mientras los superiores se ponían de acuerdo, siguió peleando, dando ejemplo de disciplina, consagrado a la Revolución. Para colmo, también le taladraba el “abandono” que sufría su amado hermano Antonio, batiéndose en occidente con 16 batallones detrás.

Por la felonía e inquina de propios —en roles de villanos— el León, en vida, agonizaba.

Loma del Gato

La desgracia nace cerca de El Triunfo. Acampado allí, se enteró que una columna española, comandada por el general Tirso Albert y el coronel Joaquín Vara del Rey, se aproxima quemando casas. Jamás titubeó José frente al rival. Y en este instante combatir es su paseo de evasión. Decide ir tras el pendón de Castilla. El choque ocurre en Loma del Gato, en la jurisdicción de Alto Songo, actual provincia de Santiago de Cuba.

Con la vista en el campo de batalla, indica avanzar al coronel Luis Bonne con sus fuerzas. Luego manda al general Agustín Cebreco; y detrás al brigadier Matías Vega, para que lo secunde. Al general *Periquito* Pérez le encomienda velar la retirada. Y hasta acaba lanzando al frente a la guerrilla volante del teniente coronel Francisco Sánchez Hechavarría.

Testarudo como es, exige a uno por uno que quiere escuchar fuego cuanto antes. Pero se esfuman los minutos y no percibe el ruido solicitado. Crece su ofuscación. A pesar de los audaces oficiales enviados en línea, la acción no marcha con la celeridad deseada. Lo único que escucha es el eco de sus cavilaciones sibilinas.

“¿Qué les pasará a esos generales?”, cuestiona contrariado.

“¡Si hoy no peleo, aquí no pelea nadie!... ¡Ahora sabrán lo que es pelear! ¡Venga mi escolta!”, grita, ya fuera de sí, e impaciente pica las espuelas en su caballo Noble. “¡Arriba, la muerte es cuestión de fecha!”. Y sale como una centella, separándose 15 o 20 pasos de los suyos, a la vanguardia.

Ingresa al teatro bélico por el centro y en lo más fiero de la porfía. Tras la galopada surge una confusión, pues por las estrecheces del terreno la caballería acaba enredándose con la infantería desplegada. “¡Aquí está José Maceo... *barajol*!”, ruge eufórico el León, como era hábito en sus acometidas. Está a tiro del enemigo.

En el estrépito, se gira para dar una orden a Salvador Durruthy, teniente de la escolta, cuando surca el vacío la bala –maldita para los cubanos, bendita para los panchos– que le trepana el parietal derecho y aloja en el cráneo la muerte. Ha sido una descarga cerrada, similar a la de Dos Ríos. Como Martí, iba con el revólver en la mano, en alto; arengando a los suyos.

Instantáneamente, al estilo de un western, el plumazo fatídico deja la escena en *suspense*: se congela el tiempo, no sopla la brisa, se entrecorta el aliento, el jinete cuarentón se tambalea como Polifemo aturrido, una espesa negrura en pleno mediodía dibuja un pasadizo ignoto... Como un fotograma, y antes de convertirse en leyenda patria, a José le pasa por delante toda su gloriosa vida.

Con el morir, la vida

José Marcelino Maceo Grajales –hijo de león y de leona, al decir del Apóstol, quien lo apreció como amigo– hilvanó una biografía de película. El prólogo se remonta al 2 de febrero de 1849 en Majaguabo, San Luis.

El juramento ante el crucifijo de Mariana, los 500 comba-



En el Museo Bacardí se conserva el sombrero de Panamá con la estremecedora huella de la bala homicida.



En el parque-monumento de Loma del Gato no falta el homenaje a su figura.

tes en la manigua redentora durante tres guerras, los grados –de soldado a mayor general– ganados a golpe de machete, Mangos de Mejía, Baraguá, la prisión-exilio en el Mediterráneo, la fuga de aura internacional, el matrimonio y la paz en Costa Rica, el tocayo Martí –único– que logra “sacarlo de su nido de amores”, Duaba, el precipicio y la odisea hercúlea, La Mejorana, el Dios de la guerra en el lomerío oriental... Una existencia homérica contraída en un suspiro.

Su epíteto no fue casual. Era lo que un león típico: temperamental, intrépido, tenaz, ingenioso, cascarrabias, orgulloso, pragmático, de anatomía imponente, aparentemente invencible, en perpetuo peligro y hermoso de contemplar.

Era de rostro adusto, zurdo, francotirador, gagueaba y más si se molestaba, rumboso,

¿Cábalas? del héroe

–Inicio y ocaso en Ti Arriba: su bautismo de fuego –octubre de 1868– y su muerte –28 años después– se produjeron en la misma zona.

–Ingresó en el Ejército Libertador a los 19 años y 19 fueron sus heridas de guerra. Otro titán.

–Murió un día cinco, tuvo cinco mujeres y cinco entierros.

–El León cayó, felinamente, en la Loma del Gato.

mujeriego, fumador de tabaco, exigente y a la vez tierno –según sus soldados– como un padre. Mostró madurez política, cierta educación y sensibilidad artística –al punto de incorporar a su tropa una de las poquísimas bandas de música del Ejército Libertador–; era temerario y sincero. Sembró afectos y ganó detractores. De él podría decirse cualquier cosa, menos que fue cobarde y traidor. Fue todo virtud y tacha, digno de lo humano y lo divino.

Sobre él sentenció el Generalísimo, quien no regalaba glorificaciones: “Era preciso haber conocido bien a fondo el carácter de aquel hombre sin dobleces y de rústica franqueza, para poder estimarlo y estimar su cariño cuando lo demostraba. El General José Maceo era todo verdad, y por eso para muchos parecía amargo. Descubrí en él la grande y noble gratitud del león que la historia cuenta, y entendí la grandeza de su valor admirable e intrépido cual ninguno, por su generosidad y su amor a las mujeres y los niños”.

José, eterno indómito, ansiaba caer como caían los de la estirpe Maceo Grajales: heroicamente, en combate por Cuba Libre. ●



A cargo de
PEDRO ANTONIO GARCÍA

Fotos: Archivo
de **BOHEMIA**

5 DE JULIO DE 1936 **Bonifacio Byrne**



AL regresar del exilio, tras el cese de la dominación española, divisa el Castillo del Morro pero algo lo consterna. En los mástiles, junto a la bandera amada, ondea la estadounidense. No toma entonces lápiz, papel, como festinadamente algunos afirman, sino mucho después. Escribe entonces los versos que sucesivas generaciones de maestros han hecho memorizar a escolares cubanos: *Al volver de distante ribera, / con el alma enlutada y sombría, / afanoso busqué mi bande-*

ra/ y otra he visto además de la mía! Bonifacio Medín Byrne Puñales nace el 5 de marzo de 1861 en la ciudad de Matanzas. A los 17 años publica su primer poema. En 1893 da a la imprenta el volumen *Excéntricas*, en esa fecha Julián del Casal lo llama "el primero de los poetas de su generación". Por sus ideas independentistas se ve obligado a marchar al exilio. Regresa en 1899. Reúne sus composiciones líricas, entre ellas "Mi bandera", en el poemario *Lira y espada* (1901). La idea de proclamarlo Poeta Nacional comienza a ganar adeptos hasta que tal designación se hace realidad en 1920. Se opone al régimen de Gerardo Machado; ante el asesinato del estudiante Rafael Trejo, escribe un soneto que deviene himno revolucionario. Cuando algún joven visita su casa, le entrega una estrofa de encendida ira patriótica, al estilo de: *Puede las bibliotecas incendiar el tirano, / pero su torpe crimen habrá de ser en vano/ en tanto que no logre quemar el pensamiento*. Bonifacio Byrne fallece el 5 de julio de 1936.

11 DE JULIO DE 1996 **Mario Rodríguez Alemán**

AUNQUE escribe en las más importantes publicaciones cubanas y un amplio número de lectores sigue sus artículos, es en la televisión donde alcanza el cenit de su popularidad, donde ejerce, además, un magisterio ejemplar. En los espacios cinematográficos que conduce varias generaciones de televidentes comprenden, gracias a su capacidad como comunicador, la genialidad de Orson Welles, Chaplin, Eisenstein, Hitchcock. Las virtudes interpretativas de Bette Davis, Paul Muni... Los aportes al séptimo arte de *El acorazado Potemkin* o *El ciudadano Kane*. Mario Rodríguez Alemán nace el 12 de junio de 1926 en Sagua la

Grande, en la hoy provincia de Villa Clara. Allí va por primera vez al cine con su padre, a la edad de ocho años. Luego, ya estudiante de la Universidad de La Habana, su maestro, el crítico José Manuel Valdés Rodríguez, le enseña "a estudiarlo como arte, como medio masivo de comunicación, como industria de nuestro tiempo", según propia confesión. Se gradúa de doctor en Filosofía y Letras en el año 1952, de periodismo en la Escuela Manuel Márquez Sterling. Se opone activamente a la tiranía batistiana, participa en la impresión y en el reparto de ejemplares del texto *La historia me ab-*



solverá, de Fidel, así como en el Comité Pro Amnistía de los moncadistas. Con posterioridad ingresa en el Movimiento 26 de Julio. Desde el triunfo de la Revolución divulga en la televisión el buen cine a través de diversos espacios, entre ellos la *Tanda del Domingo*, que llega a contar con una enorme teleaudiencia. Fallece el 11 de julio de 1996.